

RASGOS DEL HÁBITAT Y EL HABITAR EN EL CENTRO DE BOGOTÁ, DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Autor: MARIO PERILLA PERILLA.

Integrante Grupo Investigación AYCA. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Email: mario2p2000@yahoo.es, mario2p3000@gmail.com,
mperillap@unicolmayor.edu.co

Mesa de trabajo N° 8. Historia Urbana

RESUMEN:

El documento analiza el hábitat como resultado de la interacción del cuerpo y el lugar en ámbitos de la corporeidad. Asimismo, se aborda la construcción del tapiz que constituye el habitar en un espacio significativo de Bogotá, el cruce de la Avenida Jiménez con Carrera Séptima, en el centro de la ciudad en los diversos períodos históricos desde su nacimiento hasta hoy, integrando la memoria y la cotidianidad como aspectos inherentes a las vivencias en el lugar. Es así como el estudio asume el cuerpo desde su vinculación con el entorno que le rodea, en terrenos de la percepción, donde, desde los sentidos, se concretan la experiencia y la apropiación, configurando el significado del lugar. Una segunda instancia la constituye la proyección hacia el Otro, en el espacio público, la calle y contempla la alteridad y la proxemia como aristas de la sociología que impactan el estudio de las prácticas cotidianas del habitar. Se han abordado fuentes históricas, de narración, crónica y literatura en la novela urbana y nueva novela histórica como recursos de soporte que permiten delinear de manera significativa la experiencialidad del habitar en los períodos históricos planteados.

INTRODUCCIÓN

La ponencia se centra en aspectos de procesos y resultados de la investigación *El habitar en la Jiménez con Séptima de Bogotá. Historia, memoria, cuerpo y lugar*, trabajo desarrollado para optar al título de magíster en Hábitat en la Universidad Nacional de Colombia.

Si bien existen estudios desde la historia, la arquitectura y el urbanismo sobre el lugar propuesto, éstos se han inscrito desde los campos disciplinares específicos, en los que la ciudad física es la protagonista en estos análisis. Asimismo, en una perspectiva de escala, la mayoría de documentos se aproximan a manifestaciones generales en el ámbito de ciudad, siendo los estudios puntuales restringidos para asentamientos periféricos o de factura popular aledaños al centro mismo de la ciudad. Por otra parte, algunos estudios se han orientado al espacio público

abierto, la plaza o parque, con lo cual la calle, ha quedado en un lugar de poca reflexión. Asimismo la mayoría de estudios abordan la ciudad como soporte físico donde el habitante y sus experiencias quedan relegados.

Este estudio pretende aportar otra mirada hacia la ciudad, específicamente a su centro, a partir de la consideración del cruce específico como rizoma, entendido como conexión, heterogeneidad, multiplicidad y en su particularidad de espacio conectable, alterable y susceptible de modificarse. El lugar de estudio, si bien es un cruce específico, no se mira cerrado en sí mismo, sino desde una caracterización en la que se observan los principios rizomáticos (Deleuze, 1988), donde se manifiesta existencia de *conexión y heterogeneidad* y cualquier punto se conecta con otro; la *multiplicidad*, como esencia del lugar dinámico, cambiante, transformado; presencia de *ruptura asignificante*, explicada como la idea de que un rizoma puede ser roto o interrumpido en cualquier parte, pero siempre recomienza en cualquier sentido. Por otra parte, desde la complejidad, en un principio sistémico donde las partes se conectan con el todo, el nodo se relaciona con el territorio, el centro y este a su vez con la ciudad.

Es así como el sitio de estudio propuesto, el cruce de la Avenida Jiménez con Carrera Séptima, en Bogotá, se ha constituido en un lugar de valor nacional desde un carácter histórico y simbólico. Asimismo configura un lugar importante en la memoria de los bogotanos y como referente para los colombianos y algunos extranjeros. El lugar, con su carga histórica, es el escenario donde la memoria hace presencia y es aspecto importante en las prácticas cotidianas del habitar.

En la metodología se abordaron fuentes teóricas y conceptuales sobre aspectos de hábitat, territorio, lugar, y la relación entre el cuerpo y el habitar; fuentes históricas sobre Bogotá en su centro; narraciones, crónicas y novela urbana relacionadas con el lugar específico del estudio, la Jiménez con Séptima y se aplicaron como estrategias de la investigación social la observación flotante, la entrevista semiestructurada y la cartografía social. Asimismo se usó como apoyo la imagen en pinturas, fotografías y caricaturas. La investigación se centró en la reflexión sobre el habitar en el centro de la ciudad a partir del cuerpo como depositario de las experiencias hacia y desde la ciudad, en cuatro momentos claves de su historia:

En primer lugar la *colonia* como momento que, desde la fundación española idealiza en planos un territorio no real, que se consolida lentamente aprovechando la red comunicacional y los asentamientos aborígenes existentes y que en la topografía encuentra sus límites y fronteras, a saber al oriente los cerros, al sur el río San Agustín y al norte el río San Francisco. A partir de la heterogeneidad étnica y cultural se conformarían los primeros aspectos del habitar que en gran medida estarían signados por la exclusión y donde la religión sería un pilar fundamental que organizaría tanto el territorio como la vida a través de los rituales y prácticas tanto cotidianas como extraordinarias.

Un segundo momento lo constituye *la república*, que los historiadores ubican en el siglo XIX y va desde las luchas de independencia hasta inicios del siglo XX, y corresponde al establecimiento y consolidación de un nuevo gobierno independiente de carácter republicano, al igual que en la mayoría de naciones latinoamericanas. La ciudad tendrá un gran poder de atracción sobre el territorio circundante y, la conventual y apacible población colonial se transformaría en una ciudad pujante, de diversidad cultural y que deseaba parecerse a las capitales europeas, presentes en el imaginario de las clases burguesas. El habitar en el espacio público se caracterizaría por el encuentro y el goce sensual de los espacios, donde el centro sería el lugar por excelencia de los paseos, alamedas y parques, enmarcados por edificaciones con fachadas ostentosas y elaboradas y el eclecticismo sería la resultante de la aplicación de referentes neoclásicos con versiones francesas en su mayoría.

Un tercer período es el de *la modernidad*, con apertura hacia la economía internacional así como a tendencias arquitectónicas, urbanas y de estilo de vida cosmopolitas con referentes norteamericanos y europeos, con el progreso como ideal y donde el comercio signaría la vida urbana. El centro de la ciudad a principios de este período se mantendría en un lugar privilegiado y significativo; hacia los años 60 y 70 del siglo XX tomaría connotaciones de territorio del miedo como consecuencia del abandono oficial, la contaminación, la proliferación de ventas callejeras e informales y por supuesto, la mendicidad y la inseguridad.

Se finaliza con el período *contemporáneo* que se toma desde los años 80 del siglo XX hasta hoy, con la tendencia de rescate de la memoria del centro histórico y la venta y construcción de una imagen de *centro-ciudad* como parte de las políticas institucionales. Es un período donde desde los discursos y las acciones se privilegia el uso del espacio público y la denominada zona histórica es eje de planes de restauración y renovación de usos dirigidos a potenciar el turismo selectivo. Desde el habitar es un período de contrastes donde los espacios públicos controlados se privilegian así como las actividades de índole cultural-comercial para otorgar nuevamente al centro protagonismo en las mentes de los habitantes.

Para el logro de los objetivos planteados se abordó una revisión bibliográfica de documentos que revisten un carácter diverso. Inicialmente están las fuentes que soportan la base conceptual que permitieron desarrollar la estructuración propuesta. Estas orientan sus discursos al análisis del cuerpo y el habitar desde la historia, así como la complejidad en la modernidad, y ubican la cotidianidad ligada a procesos de consumo en el mundo occidental. Por otro lado, se analizan estudios de carácter histórico, tanto en ámbitos amplios como específicos hacia Bogotá, que constituyen material importante en la configuración del lugar en términos cronológicos. Por otra parte, dado que desde el planteamiento se buscó un apoyo en la crónica y la narración, estos documentos se analizan con diversidad de peso de acuerdo al momento histórico que soportan. En este sentido es importante la reflexión de Edgar Morín (2001: 95) sobre la literatura como

ámbito que prestó atención a la complejidad del individuo, antes que otras manifestaciones¹. Así, en los períodos correspondientes a la colonia y la República están la crónica y la narración como fuentes de primera mano que se abordan como referencias que arrojan luces sobre experiencias perceptuales en términos del habitar en el lugar de estudio. En los apartados que históricamente se inscriben como Moderno y Contemporáneo se analiza la literatura específicamente en el género de novela urbana, que se preocupa por mostrar una visión de la vida *de* y *en* el centro de la ciudad, donde las fragmentaciones, los desplazamientos, el existencialismo y la cotidianidad son ámbitos de la relación del individuo con el entorno. Para este análisis se han seleccionado apartes que se relacionan directamente con las experiencias del cuerpo y el habitar a través de la percepción, la sensorialidad y la sociabilidad. Es importante tener en cuenta que la literatura de la modernidad en muchos casos sale en defensa de la ciudad de la memoria, como manifiesta Ángel Rama (1984: 97):

La escritura construyó las raíces, diseñó la identificación nacional, enmarcó la sociedad con un proyecto, pero si por un momento los hombres concernidos por esos designios se hubieran puesto a reflexionar, habrían convenido en que todo eso que resultaba tan importante eran simplemente planos dibujados sobre papel, imágenes grabadas en acero, discursos de palabras enlazadas, y menos aún y más que eso lo que las conciencias alcanzan a soñar a partir de los materiales escritos, atravesándolos con la mirada hasta perderlos de vista para sólo disfrutar el sueño que ellos excitan en el imaginario, desencadenando y encauzando la fuerza deseante.

Rama hace énfasis en decir que más que una nostálgica visión de un pasado que ya no existe, lo que se percibe en esa literatura de la ciudad moderna es una evidencia de la ideología del momento con invenciones ilusorias de la ciudad futura, con la experiencia del extrañamiento y la necesidad de búsqueda de raíces que identifiquen al habitante de la ciudad. En este análisis se ha recurrido a estudios y compilaciones sobre novela urbana de Bogotá y Colombia, con lo cual se organizó una matriz de autores y obras que en los siglos XX y XXI han abordado variables como la percepción a través de la corporeidad y los sentidos, el extrañamiento o la sociabilidad, con apreciaciones de tipo socio cultural².

¹ Puntualmente dice el autor: “En el siglo XIX, mientras la ciencia ignoraba lo individual, lo singular, lo concreto, lo histórico, la literatura, y especialmente la novela, restituyeron y mostraron la complejidad humana... la literatura se había dado como misión revelar la complejidad humana oculta bajo apariencias simples. Mostraba individuos, sujetos de deseos, pasiones, sueños, locuras, que mantenían relaciones amorosas, de rivalidad, de odio, inmersos en su medio social o profesional, que sufrían hechos y eventualidades, que vivían su destino incierto”. Con esta reflexión, el individuo no solamente se presenta desde la subjetividad, sino como copartícipe de la escena social, en la que la percepción del entorno y la corporeidad se manifiestan literariamente como metáfora y como espejo de la realidad.

² Ver: Giraldo (2000). La autora aborda el tema de la literatura urbana en Colombia, desde un contexto latinoamericano y ubica tendencias desde los imaginarios urbanos, la vivencia en la ciudad, las realidades

ASPECTOS CONCEPTUALES

Hábitat-habitar

Desde la anterior contextualización se caracterizan los aspectos esenciales que signan el habitar en la calle del centro de la ciudad a partir de la conceptualización de *hábitat* como un concepto complejo que integra el medio físico y el ser humano a través de las dinámicas sociales y culturales, donde la relación entre el ser humano y el entorno se manifiesta en las prácticas culturales, con lo cual el habitar se constituye en la manera en que la vida se expresa en un lugar. Una primera instancia de la experiencia hacia la ciudad se manifiesta a través de los sentidos, con el cuerpo como vehículo que permite la tangencia³ con el medio. Por esto, la investigación pone de relieve una construcción de la teoría del habitar desde el cuerpo, como método para interpretar la interacción individuo-lugar. Hay una manifestación directa en el espacio público, la calle, a través de comportamientos, gestos, actitudes, lenguajes y ritmos como signos de representación en la escena de lo público. En una segunda instancia se construye la sociabilidad como proyección hacia el Otro, donde la esencia del espacio público la constituye la alteridad en vínculos, afectos y presencia de las tribus urbanas.

Habitar el territorio

El territorio, en este caso el centro de la ciudad, constituye el lugar que lleva altos grados de significación, por constituirse en texto de la memoria histórica que en sus edificaciones y mobiliario evidencia las huellas de las diferentes intervenciones desde la génesis de la ciudad hasta hoy. La ciudad en esta concepción no es meramente el escenario físico, sino que es vista como ámbito de la complejidad puesto que en su configuración intervienen premisas socioculturales, económicas y políticas que moldean y ajustan las prácticas que se desarrollan en sus espacios. No se puede dejar de lado la presencia de la construcción colectiva en aspectos como la toponimia o la simbología relativa a espacios o hitos del espacio público así como a sucesos que otorgarán significado a determinados lugares.

sociales y existenciales, las utopías y frustraciones, o las nostalgias e idealizaciones como propuestas que entre los años sesenta del siglo XX y principios del XXI configuran un mapa de la ciudad literaria. Así están la nueva novela histórica, que es alimentada por la historia y tiene como misión reforzar la memoria; la novela urbana o de ciudad, que aborda los imaginarios y la complejidad tanto de su universo como de sus habitantes, y la novela de experimentación formal, que llega hasta preocupaciones testimoniales, frivolidades consumistas o representaciones urbanas contemporáneas. Algunas de las obras seleccionadas para este estudio se inscriben en esta categorización.

³ Serre, Michel. (2004, p. 31) El autor en su obra *Los cinco sentidos* manifiesta como la mirada, el tacto o el oído se convierten en ámbitos para percibir el mundo y experimentar la tangencia entre “el medio y yo”, donde el cuerpo y el lugar que habita se mezclan.

La dimensión histórica aporta un acercamiento al entendimiento de la relación que se teje entre el habitar en la calle y la configuración del territorio, por cuanto desde el análisis de los aspectos básicos que establecen nodos de importancia, sean estos de tipo religioso, institucional, de poder o simplemente contruidos por la costumbre y la cotidianidad desde instancias populares, se signan las acciones que confieren grados de significancia a espacios, edificaciones u objetos urbanos.

Esta visión está enfocada desde la relación entre el ser humano y el entorno, manifestada en las prácticas culturales, con lo cual el habitar se constituye en la manera como la vida se expresa en un lugar. Como punto central en torno a la conceptualización del habitar se toma la propuesta de Michel de Certeau (1999), para quien el habitar es la práctica cotidiana que se manifiesta en el espacio público, la calle, donde los comportamientos, señales y actitudes, tales como la indumentaria, los gestos, los patrones, los lenguajes o los ritmos son signos de representación de la escena de lo público.

El centro de la ciudad, Bogotá, que antes de la modernidad constituyó la ciudad en sí, conlleva en su morfología y sus prácticas cotidianas una serie de manifestaciones que de manera directa impactan el cruce de la Jiménez con Séptima, punto central de la cruz que se constituye como nodo del antiguo centro tradicional. Teniendo en cuenta su carácter primigenio, es un lugar que conlleva altos grados de significación, por ser texto de memoria histórica que evidencia las huellas de las diferentes intervenciones que lo han transformado desde la fundación de la ciudad. Henri Lefebvre (1972: 155) manifiesta como los centros de las ciudades con sus monumentos, los espacios de encuentro y las múltiples actividades relacionadas con aspectos tanto prácticos como sensibles apoyan el imaginario de sus habitantes y constituyen el lugar privilegiado por la alta carga significativa de sus calles, esquinas, edificios y monumentos. Por otra parte, dada su heterogeneidad, el centro hoy se constituye en lugar para la experiencialidad en torno a la ensoñación, entendida ésta como la manera como la gente puede “tejer velos de fantasía en medio de la multitud”, como manifiesta Marshall Berman (1988: 152). Por otro lado, el carácter comercial del centro, que lo ha convertido en una gran vitrina además de espacio escenográfico, se magnifica en la modernidad con la carga experiencial que significa navegar entre objetos, automóviles, vitrinas, escaparates, música, ruido, luces y miles de símbolos, así como personas. A las marcas territoriales conformadas en el pasado se suman las imaginerías publicitarias soportes del consumo como práctica que regula gran parte de la experiencia de la cotidianidad. El consumo, así, se constituye en la manera como el mundo occidental actual ritualiza su existencia cotidiana y el centro de la ciudad participa de esa ritualización con un consumo no solamente de objetos materiales sino de lo simbólico, como afirma García Canclini: “son lugares efervescentes de imágenes discontinuas, con mezclas de músicas y relatos diversos diáfanos sobre el fondo denso externo” (1995: 101).

Así, la ciudad es vista como lugar de evocación, sensación, movimiento e imagen, como aspectos que han signado su desenvolvimiento y que se relacionan

directamente con la experiencia de la cotidianidad en su habitar. Como lugar de la evocación constituye una mirada no solamente como soporte físico, sino como lugar donde se manifiesta la esencia del existir, en el cual afectos, emociones, temores, sueños y recuerdos permean la vida cotidiana. Tal como dice Cruz Kronfly: “Evocar no es pues, sólo recordar a manera de pasatiempo o simple ejercicio de memoria nostálgica. Es ante todo darle fundamento al sujeto, volver sobre instantes fundadores, recabar alrededor de acontecimientos y lugares, que por algún motivo para nuestra vida se tornaron fundamentales” (1998: 169). Desde la sensación, la ciudad es la amalgama de olores, imágenes, rumores, impresiones y degustaciones, que el cuerpo en la sensorialidad percibe y construye como territorio palpable y real. La movilidad, esencia de la modernidad, será una característica que se manifestará en el lugar de estudio con bastante amplitud, atendiendo a la circunstancia de ser un punto importante desde la centralidad y poder de atracción.

La calle se constituye en escenario de representaciones de la sociabilidad. Se debe recordar que desde el siglo XVIII el caminar por la calle y gozar de los encuentros se convirtió en una actividad que antes no tenía esa importancia. Los bulevares y avenidas se pensaron y diseñaron entonces como escenografías acordes, para el disfrute y la lúdica. En la ciudad contemporánea, ya no solo el disfrute es la observación y experiencia del paisaje sino la contemplación de las otras gentes. Así, la calle se torna en el lugar para ver a los otros y ser visto, con lo cual el teatro, que es por esencia el fingir en escena, se traslada a la calle y los acontecimientos tanto cotidianos como extraordinarios serían parte importante del habitar la calle. Asimismo la esencia dialéctica del espacio público resalta la calle como ámbito del lenguaje, donde imagen y texto se funden en la epidermis del lugar. La misma arquitectura se asimila con su carga estilística que conlleva ideologías y discursos que se van estableciendo y configurando el entorno.

Los territorios, entonces, son los lugares donde se establecen relaciones entre los cuerpos y también del cuerpo con las estructuras espaciales y sus determinantes físicos y tangibles. Estos lugares constituyen el soporte para construir las ciudades invisibles que se superponen a las visibles y que constituyen ámbitos donde se manifiestan afectos, emociones o sentimientos, en la búsqueda de sentido y significación. El centro de la ciudad se muestra así como poblado de “objetos salidos de pasados indescifrables que constituyen el ánima del lugar” (Certeau, Ob. Cit.: 137). Su permanencia genera relatos y su imagen puebla fotografías y postales, configurando esa ciudad invisible, que a fuerza de iconografías va construyendo el lugar imaginario. Asimismo, sobre la ciudad física se superponen mapas significativos que constituyen la poetización de la ciudad plasmada en narraciones, relatos e imágenes que manifiestan sueños, emociones, sensaciones y activan el recuerdo. Es así como la memoria hace presencia y desde niveles históricos, sociales, culturales y perceptuales constituye evidencia en la caracterización del sitio estudiado. En este proceso, se entretajan mapas constituidos por signos o símbolos con los espacios reales determinados por las acciones urbanísticas o arquitectónicas en una imbricada relación, donde se

tienen en cuenta las diversas intervenciones que se han acumulado en la epidermis del lugar.

El cuerpo, a través de los órganos de los sentidos, siente la ciudad en sensaciones precisas y particulares. Olores, sonidos e imágenes conforman la red que de la ciudad emana. El habitante registra este tejido, en su deambular cotidiano, por los lugares conocidos, reconocidos, extraños o sorprendivos. De otro lado, en los procesos comunicativos algunos sentidos son parte esencial del compartir, del sentir y ser sentido. Como parte de la impronta cultural, los sentidos se han constituido en más o menos sociales y más o menos íntimos. Además, desde el terreno de las representaciones sociales, cada sentido toma diversidad de connotaciones que se relacionan con la diferenciación social o las buenas costumbres, y la domesticación de ellos se ha constituido en camisa de fuerza en la que el control social hace buena mella. En este sentido se toma la reflexión de David le Breton (2002: 8) quien manifiesta:

Existir significa, en primer lugar moverse en un espacio y un tiempo, transformar el entorno gracias a una suma de gestos eficaces, clasificar y atribuir un valor a los innumerables *stimulli* del entorno gracias a las actividades perceptivas, dirigir a los demás palabras, pero también gestos y ademanes, un conjunto de rituales corporales que cuentan con la adhesión de los otros. A través de su corporeidad, el hombre hace que el mundo sea la medida de su experiencia.

Así, el cuerpo, en este estudio es observado desde la experiencialidad del lugar a través de los sentidos, donde el individuo percibe el entorno. En una segunda instancia, en ámbitos de la corporeidad, se parte de la conceptualización de espacio público frente al privado reservado para la intimidad, la familia o las amistades cercanas, llevando lo público a una exposición frente a los demás. Esta exposición es parte del reconocer y ser reconocido y la corporeidad constituye la manera como se establecen sistemas de cohesión, adhesión, comunicación, exclusión o inclusión. Es así como se establece una segunda instancia de análisis del cuerpo, desde una arista de la sociología, donde la alteridad es el puente para las situaciones proxémicas, en ámbitos de la sociabilidad. Por esto la gestualidad se presenta como un hecho cultural y social por cuanto la comunicación necesita de la representación del cuerpo hacia los otros. Le Breton analiza como la interacción implica el uso de códigos, así como sistemas de reciprocidad, cual escenas teatrales a las que los actores se repliegan. Aspectos que parecen subjetivos en su esencia, tales como sentimientos o emociones, se expresan en formas construidas colectivamente, alrededor de ritualizaciones y significados conocidos por los demás. Así, el individuo mantiene con el despliegue de la experiencia corporal una pertenencia social a determinado grupo.

En esa situación de dialéctica a través del cuerpo, se configura una geografía de lo público, en la que la vestimenta, los ademanes y posturas se convierten en maneras de distinguir a los iguales y distinguirse de los no iguales (Sennet, 1978:

86). Esta situación, en la modernidad se magnifica y el cuerpo se convierte en una forma para ser vestida y proyectar una apariencia acorde con la representación de la escena social. La apariencia, como amalgama de presentación, vestuario y gestualidad será en el espacio público un imperativo y en la ciudad de la modernidad, con el advenimiento de la moda tomará un rol protagónico. Lipovestky (1990: 13) hace caer en cuenta de esa situación al manifestar que al placer de ser mirado se unen el disfrute de la ciudad como escenario, la búsqueda de aceptación por parte de la tribu y la aproximación a fantasías en la construcción de personalidades moldeadas por el consumo y la publicidad.

Por otra parte, la apariencia no solamente se limita a la indumentaria, sino que también conlleva actitudes, ritmos, maneras de moverse, en fin, amalgama de signos que configuran las representaciones en la escena urbana. En este sentido, Certeau dice que salir a la calle es un riesgo, pues ser reconocido es una constante y el cuerpo se constituye en *pizarrón*, en el que se tornan legibles los diversos códigos de la gestualidad, como ciencia de representación del cuerpo. Entre otros aspectos, la apariencia cumple funciones de manifestación del status social y permite hacer radiografías de la ocupación o condición económica de la persona y, también, se constituye en el medio para clasificar, identificar o separar al otro. A través de la apariencia se participa del grupo en las llamadas nuevas tribus urbanas, por Maffessoli (1990: 141), las cuales se caracterizan por ser momentáneas, efímeras y cambiantes.

A continuación se presenta una sinopsis de cada período histórico planteado en relación con las relaciones planteadas atrás.

DESARROLLO

Primer Momento. Fundación y Colonia

“Afuera, en la calle populosa a esa hora, iba y venía un tráfago cansado y cotidiano de hombres enruanados y astrosos, calzados con alpargatas, que arreaban recuas de burros, cargaban pesados fardos sobre su espaldas o imploraban una limosna. Aquí y allá las aguadoras, con sus faldas largas de lienzo, hacían su oficio, yendo y viniendo, al hombro las múcuras de barro cocido” (Espinoza. 1992: 66).

La ciudad instituida, que se insertó en un antiguo asentamiento indígena, del cual quedan pocas referencias en la historia oficial, da cuenta en sus primeros momentos de las huellas del imaginario popular a través de la identidad de sus espacios públicos significativos a saber: la plaza, la calle y el río. Una primera idea del asentamiento y su organización espacial, marcada sensiblemente por las jerarquías sociales se relaciona con la institución de la *ciudad letrada* (Rama.1984: 45), la cual se configura alrededor del vacío central, la plaza fundacional, con anillos de jerarquías y exclusión que marcarían de manera notable la impronta

social del espacio (Fig. 1). Es así como la plaza se constituye en el espacio de la institucionalidad, centro del mundo construido y eje de la vida colonial, con los poderes y sus símbolos insertados en su perímetro; asimismo es el sitio de las relaciones a través de la transacción con el mercado como evento de primerísima importancia en la vida cotidiana. El altozano de la catedral, sobre el marco de la plaza Mayor, lugar elevado y privilegiado, se destacaría como ámbito del encuentro, la charla y el chisme.



Fig. 1. Mapa fundacional de la ciudad con proyecciones de expansión en fronteras norte y sur. Al centro el vacío de la Plaza Mayor.

Fragmento Tomado de: ESCOVAR, Alberto .Atlas histórico de Bogotá. Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá. 2004. (Anexo)

En el naciente poblado, el cual surgió con una fundación espuria o no reconocida, denominada Plaza de las Yervas, que en los planos oficiales es un punto ubicado en los límites, sobre el río Viracachá⁴, más tarde llamado de San Francisco. Este punto, importante por ubicación de la primera plaza del mercado, por esto su apelativo de las Yervas, donde otrora tuviera lugar un mercado indígena y sitio de asentamiento del zipa, máximo gobernante de la provincia de Bacatá; igualmente el río, frontera de la ciudad, lugar de los desposeídos, la chusma, como es referenciada.⁵ Asimismo en su escampado se construyó la primera iglesia de que

⁴ Vocablo indígena del grupo chibcha que significa “resplandor plateado a la luz de la luna”.

⁵ APRILE. (1991: 196) El autor comenta como se contraponen simbólicamente los valores morales entre la plaza y el río en una dicotomía de lo establecido y lo fuera del control: “La plaza es el sitio de carácter ideológico y esencia política, lugar del privilegio. Lugar excepcional y sacralizado como tal. Sede del prestigio, de la autoridad y la justicia, recinto de los rituales sagrados y de la solemnidad. Por el contrario el río es sitio despreciable y algo sospechoso, pues allí se reúne la chusma, la plebe, es escenario del trabajo donde laboran aguaderos y lavanderas, muleros, leñadores, esclavos, mulatos e indios. Allí hay cuerpos

se tenga noticia, la Ermita del Humilladero. Sobre las orillas de los ríos San Francisco y San Agustín, fronteras de la ciudad, se desarrolló la ciudad informal con chozas descolgadas desde los cerros que se aproximarían subrepticamente hasta la ciudad. Estas formarían parte de los denominados poblados indígenas los cuales fueron desplazados fuera de la *ciudad de los vecinos*, en los llamados Pueblo Nuevo y Pueblo Viejo, fuera de los límites trazados en los primeros planos oficiales. Vale la pena tener en cuenta que, en las crónicas oficiales y en la historia escrita y aprendida por generaciones, este lugar desaparece de la memoria y se le dan todas las referencias “oficiales” como lugar de fundación a la actual Plaza de Bolívar, en la colonia Plaza Mayor, desconociéndose la importancia del nodo de la Plaza de las Yervas en la generación de las primeras huellas del asentamiento.

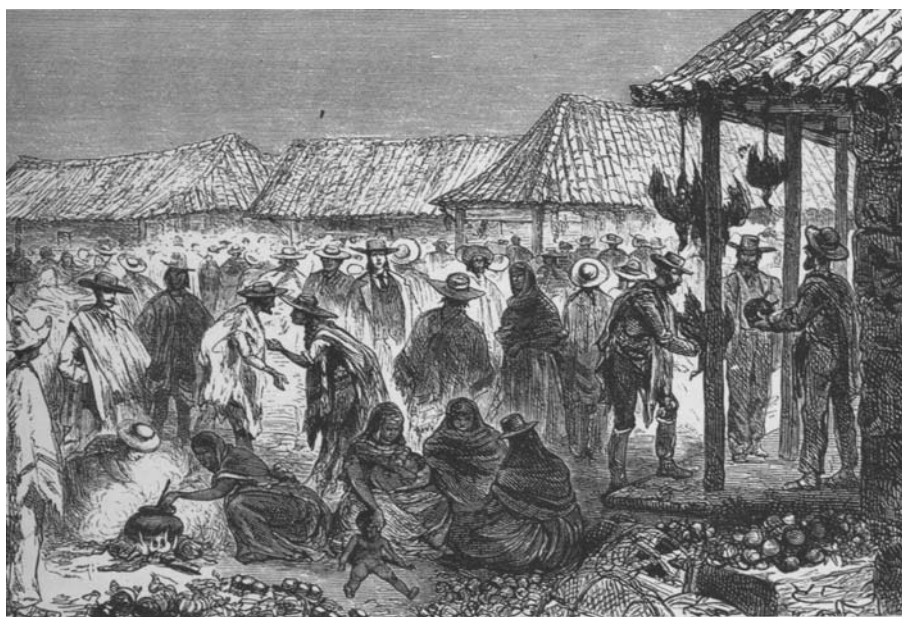


Fig. 2. Escena de mercado en Santafé de Bogotá, en la Colonia.

Tomado de: FUNDACIÓN MISIÓN COLOMBIA. Tomo III. Historia de Bogotá. Bogotá. Alcaldía Mayor de Bogotá. 1988.

Por último está la calle, lugar de relación con el comercio y la religión como depositarios de costumbres alrededor de los cuales se desenvolvía la vida en la colonia. En el poblado de la colonia, sería la denominada Calle Real, que da al atrio de la Catedral y se prolonga hacia el norte, hasta encontrar el cruce de la plaza de las Yervas, con el río San Francisco, para continuar sobre la antigua “ruta de la sal”, indígena hacia los pueblos de Zipaquirá y Nemocón. Esta vía sería la columna vertebral de los acontecimientos: La noticia desde ultramar, en los diarios

desnudos e inmoralidad, libertad, risas, irrespeto a las convenciones: alegría y placer. Y e pronto ahí se comentan en forma subversiva las últimas prohibiciones en la plaza del poder y de los gobernantes...”.

oficiales, los pasquines ilegales en las esquinas, las fiestas religiosas, con las procesiones y de celebración oficial, como el cumpleaños del rey, y las carnestolendas, fiestas populares de carácter pagano. Asimismo, el comercio lujoso y selecto se ubicaría en los primeros pisos de sus casonas, quedando la venta artesanal y de mercado sobre la plaza de las Yervas y años más tarde en el mercado en la Plaza Mayor, frente a la Catedral. En inmediaciones de chicherías y extramuros de la ciudad, en los caseríos del barrio de las Nieves, de fuerte extracción artesana e indígena se celebran las “vilipendiadas”, fiestas domingueras, con música de cuerda y chicha (Fig. 2).

Allí también se manifestarían los arranques independistas con las arengas de la revolución en el marco de la Plaza Mayor, con el denominado “grito de la libertad”, pronunciado por José Acevedo y Gómez el 20 de julio de 1810, frente a la célebre Casa del Florero⁶.

La vía principal, Calle Real, sería el territorio principal donde se generarían las actividades de mayor impacto en la vida significativa de los habitantes de la pequeña ciudad: Su paisaje urbano estaba limitado por las edificaciones de mayor prestancia, tanto institucionales, como domésticas de las familias importantes, que a su vez se convertirían en dueños de tiendas de selectas mercancías. Sobre esta vía se llevaban a cabo las procesiones religiosas, destacándose la del Corpus Cristi y de la Semana santa. Asimismo allí se festejaba en las Carnestolendas, fiestas paganas de origen europeo que en las colonias tomaron aires de hibridez, con rituales y expresiones indígenas y afrodescendientes. La prolongación de esta vía hacia el norte, llegaba hasta la zona denominada Las Nieves, villorrio de artesanos, indígenas y mestizos desclasados, célebre por su vida bohemia y las fiestas de carácter popular, que inclusive los viajeros extranjeros alaban en sus memorias.

Segundo Momento. Independencia y República

“Donde se encuentran las mercaderías de mayor lujo y belleza es en la Calle Real, expuestas a la venta en espaciosos locales que ocupan el piso bajo de todas las casas a ambos lados de la rúa, siempre llena de movimiento y actividad. En ellas se acumulan las más finas joyas, cubiertos, sombreros de señora y ropa para ambos sexos y de ahí se distribuyen a todas las comarcas que se extienden al oeste, al sur y al este, en varios centenares de millas, y más allá de la provincia de Quito” (Citado por Romero. 1990: 42).

⁶ En la historia oficial se referencia como el grito de la independencia y subsiguientes episodios se genera por el no préstamo de un florero para un agasajo por parte de un español (Llorente), a un “criollo” (José Acevedo y Gómez). Tal situación será la mecha que prende un hecho que ya estaba en ciernes: la independencia de la colonia de la Nueva Granada.

La ciudad de la República, con un crecimiento natural, verá la consolidación del *centro*, tanto institucional como comercial y significativo, en el antiguo territorio de la ciudad colonial. Los bordes imaginarios se signarán por usos tales como el mercado, o la delimitada zona de prostitución. Se transforman las plazas en parques y las calles como vías de encuentro y goce, siguiendo las pautas europeas. Asimismo, la ciudad verá en sus calles centrales la diversidad étnica, social y cultural con la llegada de campesinos, artesanos, hacendados e indígenas que, atraídos por la aparente fastuosidad llegarán para por un lado otorgar diversidad de relaciones y, por otro lado acentuar las diferencias en la satisfacción de las necesidades y la calidad de vida. Este período, enmarcado entre 1800 y 1930 aproximadamente se referencia como “Época Republicana”, en algunos textos históricos, y se caracteriza por los cambios tanto físicos en términos urbanos y arquitectónicos como por el cambio de imaginario que se manifestaría en las actividades cotidianas en la calle.

El centro de la ciudad, la antigua ciudad de la colonia, mantendría su importancia desde el asentamiento de los poderes del Estado y se magnificaría con el asentamiento en su territorio de los nacientes emporios financiero y comercial. Asimismo, las obras del Estado y particulares, siguiendo los modelos neoclásicos europeos, marcaron cambios en las formas de ver la ciudad. De un ambiente colonial velado, íntimo, sencillo y riguroso se pasaría a una ciudad deslumbrante, con derroche formal, para el deguste de los sentidos. Igualmente, el centro tradicional será en esta época todavía el lugar de privilegio para vivir y las clases populares se asentarán en los bordes de la creciente ciudad. No obstante el centro será el sector obligado de reunión de todas las clases sociales, incluidas las indeseables, por la ubicación allí del comercio, las oficinas gubernamentales, la banca y las instituciones educativas de prestigio⁷.

Sin embargo, los modelos estilísticos adoptados en este período, no tendrán la majestuosidad ni el carácter de relevancia urbana por la difícil situación económica para el naciente Estado. De esta manera, el paisaje urbano europeo, con el modelo de Londres o París, en nuestra ciudad se restringe a edificios puntuales y adaptación de las antiguas plazas, que se convertirán en parques. Así la europeidad se sumiría desde la connotación formal hacia el exterior de la ciudad y evidencia un espíritu que busca el sentido de la actualización y el cosmopolitismo a través de la arquitectura. En términos de los discursos, la arquitectura y el ambiente de la colonia se muestran con un marcado desprecio, carentes de comodidad e higiene. En esta mirada hay una tendencia a olvidar el pasado colonial y adoptar los modelos europeos como símbolos del buen gusto, elegancia

⁷ MEJIA (2000: 274). Al respecto comenta el autor como el centro de la ciudad se configuró en este momento como centro ya no solamente religioso e institucional, sino simbólico de la patria misma al centrarse allí los poderes institucionales, financieros y ordenadores de la vida de la nación. Dice el autor para enmarcar esta idea: “Las treinta manzanas de la Catedral se convirtieron así en potente imán en torno al cual comenzó a girar la vida nacional por varias décadas”.

y actualidad (Fig.3). Aún en los barrios populares, que nacieron con materiales, técnicas e imagen colonial se adoptarán estrategias para acoger los nuevos modelos, con ingeniosas transformaciones de las fachadas, en supresión de los aleros y acomodación de columnas adosadas, remates en cornisas y moldurados que enmarcan las ventanas. En el centro histórico es común observar hoy en día el eclecticismo de obras que conservan su imagen de la colonia al lado de las mutaciones en las fachadas adaptadas con lenguajes neoclásicos.

En este paisaje la vida cotidiana se caracterizaría por la diversidad y, las transacciones de un creciente y emergente comercio, se intercalarían con los rituales derivados de las costumbres y horarios religiosos que aún sobreviven de la colonia. La céntrica Calle Real será ahora la Calle Real del Comercio, donde las diversas clases sociales se interrelacionan diariamente aunque se diferencien lugares “no muy recomendables”, alrededor del mercado, cerca a los ríos y en inmediaciones del centro histórico, en la denominada *zona roja*, a donde por ordenanzas se relegan la prostitución y por ende la miseria y la espuria de la ciudad. Este incómodo cordón, en la modernidad formará parte de la ciudad y del centro expandido.

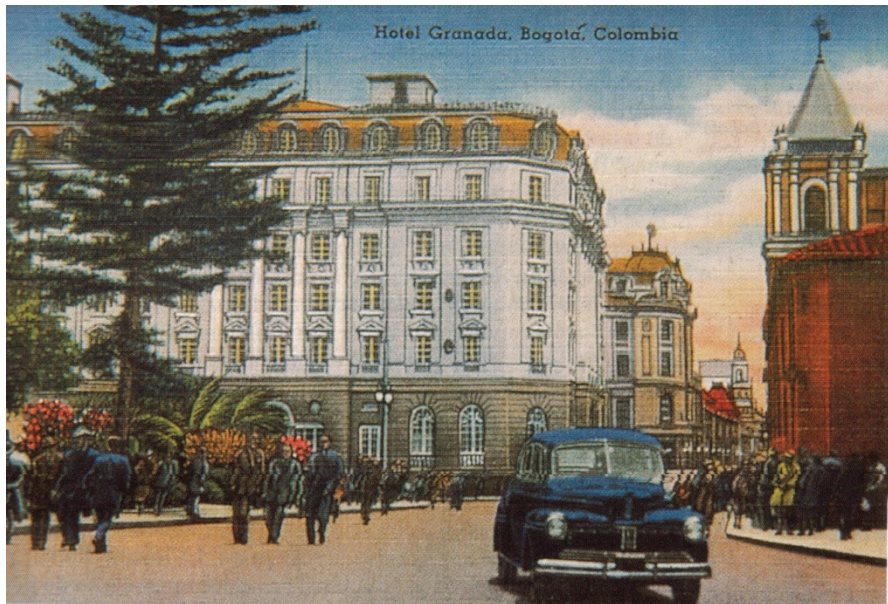


Fig. 3. El corazón de la ciudad: La Avenida Jiménez (o Camellón de los Carneros) con Calle Real del Comercio, en 1940.

Postal popular.

La vida cotidiana en gran medida conservaría aspectos derivados de las costumbres y rituales coloniales, tales como entre semana la asistencia a misa como primera actividad, luego las vueltas y trajines en el centro se acomodarán a la transacción y el encuentro en los lugares significativos, que serán la Calle Real

del Comercio, las Plazas de Bolívar, antes Plaza Mayor y el parque San Francisco otrora Plaza de Las Yervas. Los cafés reemplazarán a las chicherías y en ellos la clientela, generalmente masculina, disertará sobre la vida política, intelectual y social de la nación. Asimismo, los bulevares comerciales, o Pasajes nacerán en los principales nodos sobre la Calle Real y se mostrarán como la apertura al mundo sofisticado al “mejor estilo de Londres o París”.

En el imaginario, el centro es el lugar conocido por todos, lugar del encuentro y de la lúdica del espacio a través de los sentidos. De esta manera, “ir al centro”, se convierte en una experiencia importante y como tal la gente se viste con sus mejores galas para ello. No obstante, al ser también el territorio de todos, la exclusión se marcaría veladamente a través del contraste en la vestimenta. En grabados y fotos de la época es común observar elegantes damas y caballeros con prendas europeas al lado de los desclasados descalzos, con ruana y de porte campesino. La vestimenta delatará la clase social y, en lo posible los integrantes de las clases populares tratarán de pasar desapercibido a través de adoptar vestuarios *dignos* aún a costa de sacrificar el escaso dinero. Solamente, en los antiguos poblados, ahora barrios cercanos al centro, se mantendrán las clases populares, antiguos artesanos, indígenas y españoles sin blasones, con una identidad marcada. En sus inmediaciones, la cultura popular mantendrá en vigencia toponimias y rituales residuales de la colonia que, en las céntricas calles serían desterrados por los emergentes⁸. Estos barrios, aún hoy en día conservan en su paisaje, toponimia y residentes las remembranzas de su origen. Allí surgirán las primeras fábricas, en antiguos centros artesanales y, las clases populares aún hasta el día de hoy serán sus cotidianos habitantes. La historia oficial y las escasas normativas en relación con conservación del patrimonio popular harán mella en algunos de estos territorios, en la época de la modernidad. Las antiguas plazas, donde se surtían los habitantes del agua, en los denominados *chorros*, como herencia de la época precedente, la colonia, serán lugares exclusivamente populares, donde las aguateras santafereñas, mujeres pobres o indígenas, al lado de niños también de la misma clase social, conformarían territorios de encuentro en medio del paisaje urbano ciudadano. Estos lugares serían referenciados por su carácter popular y costumbrista y los grabados y primeras fotografías darían cuenta de ello. De esta manera, al mercado y el río de la colonia, como ámbitos de encuentro popular se sumarían los chorros de las plazoletas distribuidos en todo el territorio central.

La calle del Comercio, con su marcada tendencia de transacción será también lugar para que las clases sociales compartan espacios, aunque las tiendas serán exclusivas y las artesanías relegadas a las inmediaciones de las plazas de

⁸ Vale la pena tener en cuenta como por ejemplo la existencia de las chicherías, vilipendiada por escapar al control oficial subsistirán subrepticamente en estos territorios y serán centro de la vida cotidiana y del encuentro fuera del círculo institucional del “centro” hegemónico. Asimismo, la producción artesanal tendrá allí sus asientos y darán nacimiento a las primeras fábricas importantes de la ciudad.

mercado. Es evidente que, si bien el espacio en este período no es tan controlado desde las normativas si existen controles sociales que discriminan al pobre el cual debe ir al centro en funciones de criado, o con oficios del estado. Los campesinos e indígenas serán mal vistos, por sus vestimentas y con ostensible carácter discriminatorio. Con el crecimiento de la ciudad, antiguos barrios de alto nivel social serán acaparados por negociantes de la vivienda que ubicaran allí los denominados “inquilinos”, donde familias enteras recién llegadas del campo o la provincia en busca de fortuna, viven en condiciones de hacinamiento e insalubridad. Así, el centro tradicional, donde prosperan el comercio y la educación de prestigio, al lado de la institucionalidad, es decir el anillo privilegiado de la ciudad letrada, empezará lentamente a poblarse de clases obreras y populares, en un anillo exterior.

Tercer Momento. Modernidad

“Subimos por al avenida Jiménez. Pasamos por la Gobernación, con su metopa decorada por figuras recostadas y columnas estriadas de capiteles corintios. En la estrecha Calle Sexta, unas señoras observaban con atención la vitrina que exhibía manteles importados de España...La Sexta creaba una sensación de túnel encerrado por edificios modernos que iluminaban con teas de cristal de leche.”(Bibliowicz. 1991: 103).

La ciudad en la modernidad, crecerá tanto institucional como espontáneamente y la informalidad se tomará las calles centrales desde el comercio y la transacción. La característica del centro será la de un territorio de la diversidad y el contraste, lugar de la voz popular en acciones de la manifestación obrera, del paro y de las marchas organizadas por diferentes sectores políticos. El abandono oficial y el caos de un transporte público mal administrado y en manos de los particulares, serán detonantes de una época que verá el centro como lugar del miedo, desorden, ruido, inseguridad y de la basura.

En términos urbanísticos y arquitectónicos, el legado de la colonia y la república serán tildados de obsoletos y pueblerinos y se magnifica el progreso como lanza para implantar modelos venidos de las escuelas modernas con edificios funcionalistas, donde la geometría sin ornamentos, con exhibición de concreto, acero y vidrio, primarían en su piel. Los espacios centrales, solamente mantendrán edificios puntuales de tipo religioso o institucional como de valor de conservación. No correrán igual suerte las demás edificaciones y así hoteles, casas comerciales o simple arquitectura doméstica se demolerán para dar paso a la modernidad. Solamente en folletos, afiches y postales perdura su recuerdo de esa Bogotá que soñó con ser europea y que como rezan algunos de sus títulos pasó de “ser gran ciudad a ciudad grande”. La modernidad, con su discurso renovador fue el bastión devastador que arrasó con la memoria y el carácter. La imposición financiera y los elevados costos de los terrenos centrales otorgarían al centro tradicional un lugar importante en la especulación del suelo. La vivienda, como uso sería totalmente

desterrada del lugar y solamente quedarían algunos bastiones en los bordes centrales, ocupados por familias reacias al abandono de su territorio o por las clases populares.

Las calles del centro, ante la ausencia de espacios abiertos, serán el lugar que se congestionaría por la nube de empleados, oficinistas, vendedores informales, estudiantes y desocupados. Las vías, antes de paseo y distracción, serán ahora reino de los buses, busetas y taxis. Los pobres y mendigos también estarán en algunas de sus calles compartiendo territorios con prostitutas y vendedores de droga. El *centro*, que antes era lugar de privilegio y de goce en la modernidad será reemplazado como territorio del miedo, al que solamente acuden quienes allí laboran o viven en sus inmediaciones. En una ciudad extendida, las nuevas centralidades, con sus *centros comerciales*, seguros y novedosos, legado de las tendencias norteamericanas, serán paradigmas del buen vivir y el centro es olvidado.

Sin embargo, el arrasamiento que acaba con la arquitectura que bordea ejes principales, como la Calle del Comercio, que se denominará Carrera Séptima hasta hoy, no alcanza a todo el territorio del centro tradicional. Así, gran parte del barrio la Candelaria se salvaría, así como tradicionales barrios como Egipto, Belén o las Cruces. Con nulas normativas de conservación, estos lugares se transformarán paulatinamente con intervenciones populares individuales y aisladas, con lo cual en la actualidad se manifiesta allí un paisaje urbano híbrido y mutacional.

Los usos del centro, en la modernidad, con su carga de diversidad implantarán territorios populares bastante conocidos como los lustradores en inmediaciones de la Plaza Santander, la otrora Plaza de las Yervas, los esmeralderos, vendedores callejeros de las gemas, en el cruce de la Avenida Jiménez, con carrera Séptima, referenciada por García Márquez como “la mejor esquina de Colombia”. Asimismo, los vendedores ambulantes de dulces, periódicos o loterías se tomarán prácticamente todos los espacios públicos ante el creciente subempleo y la ineficiencia de la administración de la ciudad por organizar sitios amables y accesibles para estas ventas. Ante la congestión y el caos, el robo callejero también será parte de la cotidianidad y se asentará en algunos lugares que son bordes del centro tradicional. Asimismo, las denominadas *ollas*, lugares clandestinos de venta de droga, se insertarán prácticamente en el corazón mismo de la ciudad, en antiguas zonas residenciales venidas a menos con la expansión del comercio. Las ventas de libros usados colmaran algunos sitios como la calle 19 o San Victorino, lugar de ventas populares por excelencia, que en destartaladas casetas moverían grandes cantidades de dinero en compra y venta de diversidad de objetos. Al respecto está la siguiente narración que vale la pena transcribir:

“Caminó por la Carrera Séptima hasta la Avenida Jiménez, atravesando la Bogotá tradicional ahora inundada de comercios y almacenes, y luego bajó al sector de San Victorino. El olor del mercado, las telas, los corredores internos

llenos de baratijas y comerciantes al acecho, todo ese maremagnum de cuerpos y objetos lo reconfortó Siempre había sido así. Bastaba que entrara allí y se perdiera en el laberinto de pasillos y largas galerías para que cualquier sentimiento depresivo desapareciera. No sabía porqué pero el viejo mercado informal y popular de San Victorino producía en su interior un efecto reconfortante. Tal vez fuera la sensación de perderse en la multitud, el placer del anonimato en el centro de la muchedumbre...El caminante que se internaba en el mercado de San Victorino atento y despierto al entorno se veía de un momento a otro en el centro de un viaje sensorial, clarosucos fugaces que aparecían y desaparecían, rugosidades y sensaciones térmicas, sonidos fugitivos y acariciadores, olores insospechados que prometían lejanos parajes paradisiacos..."(Mendoza. 1998: 14).

Se rescata el espacio como lugar para la voz popular en las marchas y manifestaciones populares que en *la Séptima*, tendrán el lugar para la expresión. Se recuerda como ejemplo importante el alzamiento del 9 de abril de 1948, con el asesinato del líder popular Jorge Eliecer Gaitán, que generó el denominado Bogotazo, brote de ira netamente popular que arrasó con bastiones oligarcas (Fig. 4). Este brote se extenderá a toda la nación y, continuaría con lo que se denomina el período de *La Violencia*, en luchas partidistas acuciadas por los jefes conservadores y liberales, los partidos tradicionales de derecha.



Fig. 4. Destrozos causados por las turbas populares en la Gobernación de Cundinamarca el 9 de abril de 1948, durante el Bogotazo.

Tomada de: LONJA DE PROPIEDAD RAIZ DE BOGOTÁ. Conversaciones con Bogotá. Bogotá. Editorial Lonja de Propiedad Raíz.2005

Cuarto Momento. Contemporaneidad

Esta última etapa, desde los años ochenta del siglo XX hasta hoy se caracteriza por un cambio en los paradigmas gubernamentales, con una vuelta a mirar la importancia del centro tradicional, con sus monumentos y su memoria. La generación de planes de rescate y ordenamiento territorial poco a poco cambiaron la manera en que veía el centro desde la modernidad. Se rescatarían aspectos físicos, se organizan recorridos peatonales y se da importancia al espacio público y su mobiliario. Asimismo se busca que la gente retorne al centro como lugar de los privilegios de la memoria.

El espacio central, hoy con la diversidad étnica y cultural como característica positiva se ha ido transformando y el centro histórico, si bien aún es desordenado y un poco inseguro, está en las miras de planes de revitalización y restauración, por encontrarse allí potenciales zonas urbanas de gran valor patrimonial.

Acciones institucionales como el *Séptimazo*, con la peatonalización de un gran tramo de la Carrera Séptima, los días viernes en la noche, que los bogotanos ya han asumido como significativas en sus actividades de fin de semana laboral o la *Ciclovía*, que empezó en la Carrera Séptima y después se extendió a otras vías en la ciudad, con tramos importantes exclusivamente para pasear en bicicleta, patines o simplemente caminar, los días domingo hasta el mediodía, marcan definitivamente una apropiación del espacio por los habitantes, quienes se toman las calles de manera multitudinaria (Fig. 5). Vale la pena traer la referencia de Mike Featherstone (1991: 52), quien manifiesta como en la actualidad en los centros de las ciudades se está ante una adaptación de elementos y tradiciones carnalescas en la denominada *cultura del consumo*, donde hay una traslación a la mediática de la imagen y el diseño, donde de mano de la estética y rescate del ritual se generan nuevas formas de experimentar la ciudad. Así, en los septimazos o ciclovías nocturnas se destacan las fachadas de las edificaciones paradigmáticas con luces y videos alusivos al carácter importante y significativo de esta vía⁹.

Si bien, en acciones de control de los espacios públicos centrales, se erradicaron las ventas ambulantes de las calles, se han generado espacios de flexibilidad los días domingo y de fin de año para que los trabajadores de la venta informal, numerosos en Bogotá, puedan realizar sus labores sin el atropello de la policía. Así, los domingos es común ver apostados sobre las aceras vendedores de todo lo inimaginable para que los paseantes del centro y la ciclovía se aprovisionen.

⁹ El *septimazo* es una costumbre bogotana institucionalizada por las vivencias de los habitantes que, en los períodos de los años 1800 acostumbraban pasear por la avenida de mayor prestigio, la denominada Calle Real del Comercio, hoy Carrera séptima, desde el atrio de la Catedral, sobre la Plaza de Bolívar, antes Plaza Mayor hasta los nuevos barrios ricos, con sus palacetes estilo francés sobre el Parque Centenario hoy simplemente la Calle 26. Esta costumbre pasó de generación en generación y en la modernidad el septimazo se convirtió en el paseo de encuentro con conocidos para tomar un café o simplemente para *ver vitrinas*.

Hoy, el centro es un lugar multivariado que se erige como territorio por excelencia para la experiencialidad en torno a la ensoñación, entendida ésta como la manera en que la gente puede “tejer velos de fantasía en medio de la multitud” (Berman. 1988:152). Asimismo el centro destaca su carácter híbrido por su gran carga simbólica, al ser texto de memoria que conlleva en sus calles, edificaciones y monumentos la huella de las diferentes intervenciones desde su misma génesis hasta hoy¹⁰. Asimismo el carácter comercial del centro, que lo ha convertido en una gran vitrina escenográfica se magnifica en la contemporaneidad con la carga experiencial que significa navegar entre objetos, automóviles, vitrinas, escaparates, música, ruido, voces, luces y miles de símbolos así como de personas. Así, a las marcas territoriales existentes desde el pasado se suman las imaginerías publicitarias que son soporte del consumo como una de las prácticas que regula gran parte de la experiencia de la cotidianidad. El centro participa de la ritualización del consumo con aporte son solamente de objetos materiales sino de su carga simbólica. Como dice Canclini (1995: 101): “son lugares efervescentes de imágenes discontinuas, con mezclas de músicas y relatos diversos diáfanos sobre el fondo denso externo”.



Fig. 5. Escena de la ciclovia en la Carrera Séptima con Avenida Jiménez, en el corazón del centro de la ciudad, un domingo.

Foto del autor.

¹⁰ Al respecto Henri Lefebvre (1972: 155) manifiesta como los centros de las ciudades con sus monumentos, los espacios de encuentro y las múltiples facetas relacionadas tanto con aspectos prácticos como sensibles apoyan el imaginario de sus habitantes y constituyen un lugar privilegiado por la alta carga significativa de sus calles, esquinas, edificios y monumentos.

Un aspecto que no puede dejarse de lado al analizar la cotidianidad de las experiencias en el centro es el de los festejos, donde la religiosidad, hoy mezcla de aspectos sacros y profanos, que en la calle se trona en carnavalescos. Así, la Semana Santa es de gran valor en el centro ya que miles de bogotanos se vuelcan a las calles el jueves y viernes santos para visitar los denominados monumentos, en las múltiples iglesias del entorno, con tradiciones heredadas desde la colonia. Las calles se convierten en romerías, donde los fieles se mueven entre miles de objetos de consumo sacro. Otra festividad, con carácter más comercial que religioso es la navidad, que de la mano del comercio y de la administración se toma las calles desde el mes de octubre. Las luces y adornos convierten el centro y sus parques en lugar de obligada visita para los bogotanos.

Otro tipo de manifestación que se hace presente en el centro es el de las protestas populares. Así en las marchas obreras, de paro o del día del trabajo, el paso por la séptima hasta la Plaza de Bolívar es el tradicional desfile. Las arengas y estribillos se hacen presentes y frente a las edificaciones institucionales o de los medios de comunicación se lanza el “ahí están, esos son, los que venden la nación”, y que prácticamente se han convertido en muletillas desde los años cuarenta del siglo XX, cuando se acostumbraba apedrear las ventanas de los periódicos pertenecientes “a la burguesía”. Algunas manchas de tinta de color se observan en la piel de los edificios como muestra de agresividad simbólica.

No escapa al centro de la ciudad el ser escenario de levantamientos populares que, en el Bogotazo, referenciado atrás, vería su máxima expresión. Sin embargo en épocas más recientes, en los años ochenta del siglo XX, con el exterminio y asesinato de más de 400 militantes del denominado Movimiento Unión Patriótica, de tendencia izquierdista con el asesinato de Gustavo Pardo Leal, uno de sus máximos dirigentes vería multitudinarias marchas de repudio, así como escenas de violencia no controlada donde se rompieron vitrinas y se desocuparon almacenes por varios días seguidos.

El centro hoy, se perfila como uno de los territorios de gran atractivo para la ciudad y, así se diseñan planes de recuperación de la zona histórica, reciclaje de edificaciones y renovación de sectores deteriorados, como puntas de lanza de incorporación del centro a las dinámicas de la ciudad en términos de sostenibilidad y de competitividad. Algunos aspectos, como el de la movilidad, gran problema de Bogotá, están aún por resolver. Asimismo, la pérdida de identidad en pro de la venta turística es asimismo un reto que también enfrentan los centros de ciudades latinoamericanas como México, Lima, La Habana o Buenos Aires. Sin embargo, el centro aún continúa en las mentes de los bogotanos como un lugar significativo de las memorias; asimismo se perfila como lugar importante por los planes de revitalización del espacio público, donde las calles y plazas continúan con su vocación de ser lugares por excelencia del encuentro, la transacción y el goce de los sentidos.

CONCLUSIONES

Un aspecto importante a destacar como logro del proceso es el de fortalecer una línea de investigación en el enfoque del Habitar y su relación con el lugar, en una perspectiva que desde grupos de investigación interdisciplinarios buscan la construcción de una *Teoría del Habitar*, como ámbito de reflexión imperativo esencial en momentos actuales que demandan nuevos enfoques de pensamiento en la generación y construcción de los lugares

En ese sentido se ha explorado una serie de fuentes conceptuales que relacionan el cuerpo y el habitar y, dado que se ha abordado un estudio histórico amplio que abarca desde el nacimiento de la ciudad hasta hoy, es posible hacer ampliaciones y profundizaciones en aspectos históricos o bien en ejes transversales del estudio, como la relación cuerpo y habitar, el sentido rizomático del cruce o la construcción del sentido de lugar, en posteriores investigaciones que enriquezcan y complementen la idea de configuración de una teoría del habitar, enfoque que orientó este trabajo.

Desde la metodología también se destaca positivamente la vinculación de la literatura como soporte que evidencia rasgos del habitar desde un género que toca evidentemente aspectos de la vivencia y sentir del individuo: la novela. Si bien constituyó un reto, como se analiza en la introducción, el aporte para este tipo de enfoque ha sido significativo y merece tenerse en cuenta en futuros trabajos. Asimismo, géneros que soportan la imagen como la pintura o el cine merecen explorarse en una complementación de las fuentes bibliográficas y las técnicas etnográficas.

BIBLIOGRAFÍA

Aprile Gniset, Jacques (1991). *La ciudad colombiana. Prehispánica, de conquista e indiana*. Bogotá: Banco popular.

Arango, Silvia (1989). *Historia de la arquitectura en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

----- (1996). *Arquitectura de la primera modernidad*. Bogotá: Universidad Nacional. Fondo de promoción de la Cultura.

Berman, Marshall (1988). *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. México: Siglo Veintiuno editores.

Bibliowicz, Azriel (1991). *El rumor del astracán*. Bogotá: Editorial Planeta.

Certeau, Michel (1999). *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.

Cruz Kronfly, Fernando (1998). "Ciudades literarias", en *La tierra que atardece*. Bogotá: Editorial Ariel.

De la Rosa, Moisés (1908). *Calles de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Imprenta Municipal.

Del Castillo Daza, Juan Carlos (2003). *Bogotá. El tránsito a la ciudad moderna. 1920-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1988). *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos.

Escovar, Alberto y otros (2004). *Atlas histórico de Bogotá*. Bogotá: Corporación la Candelaria. Editorial Planeta.

Espinosa, Germán (1992). *Los ojos del basilisco*. Bogotá: Altamir Ediciones

Fundación Misión Colombia (1988). *Historia de Bogotá*. Bogotá: Villegas Editores.

Featherstone, Mike (1991). *Cultura de consumo y postmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

García Canclini, Néstor (1990). *Culturas híbridas*. México: Grijalbo.

----- (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos culturales de la globalización*. México: Editorial Grijalbo.

Giraldo, Luz Mary (2001). *Ciudades escritas*. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Jaramillo, María Mercedes y otros (2000). *Literatura y cultura. Narrativa colombiana del siglo XX*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Lefebvre, Henri (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. Madrid: Alianza Editorial.

Lipovetsky, Gilles (1990). *El imperio de lo efímero. La moda y el destino de las sociedades modernas*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Lonja de Propiedad Raíz (2005). *Conversaciones con Bogotá*. Bogotá. Editorial Lonja de Propiedad Raíz.

Maffessoli, Michel (1990). *El tiempo de las tribus*. Barcelona: Ed. Icaria.

Martínez, Carlos (1983). *Bogotá, sinopsis sobre su evolución urbana*. Bogotá: Editorial Escala.

Mejía Pavoni, Germán (2000). *Los años del cambio*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Instituto Colombiano de Antropología.

Rama, Ángel (1984). *La ciudad letrada*. Hanóver: Ediciones del Norte.

Romero, Mario Germán (1990). *Bogotá en los viajeros extranjeros del siglo XIX*. Bogotá: Villegas Editores.

Sennet, Richard (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Ediciones península.

----- (1997). *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza. Madrid.

Serres, Michel (2004). *Los cinco sentidos. Ciencia, poesía y filosofía del cuerpo*. Bogotá: Taurus.

Vargas Lesmes, Julián (1990). *La sociedad de Santafé colonial*. Bogotá: Centro de Investigaciones y Educación Popular.